

¿QUÉ RUPTURAS EPISTEMOLÓGICAS POSIBILITARON LA EMERGENCIA Y EL DESARROLLO DE LOS ESTUDIOS CULTURALES?

Mariel Ayelén Neme

Facultad de Ciencias Económicas, Jurídicas y
Sociales, Universidad Nacional de San Luis
(Argentina)

Resumen

El presente trabajo busca poner en tensión las diferentes concepciones epistemológicas acerca de los Estudios Culturales desde su surgimiento y lo que representan en el mapa de la producción contemporánea de conocimiento. En ese sentido, se presentan las posiciones dominantes respecto del tema en el campo académico y se revela la necesidad de su estudio para la comprensión de sus contribuciones teóricas.

Palabras clave: Epistemología, Estudios Culturales, comunicación.

Introducción

La gran transformación del mundo que comenzó en el siglo XX y continúa hasta nuestros días producto de las revoluciones científicas y tecnológicas ha modificado las prácticas y la visión del hombre respecto al planeta. De este modo, las verdades que parecían absolutas hoy en día se desvanecieron e hicieron necesario repensar el conocimiento, tanto con relación a la epistemología como a sus prácticas.

Sin lugar a dudas en la actualidad ya no puede pensarse una ciencia analizando sus teorías y sus métodos, despojada de la historia, del tiempo y de la sociedad en la que está inserta.

La “filosofía de las ciencias” o epistemología surgió luego de la crisis del siglo XIX, de la Primera Guerra Mundial, geográficamente podemos situarla en Europa entre los años 1920 y 1930, donde los filósofos llamados del “Círculo de Viena” delimitan su objeto de estudio determinando lo que es ciencia y diferenciándolo de lo que no lo es. Se delimita claramente el objeto de estudio marcando una diferencia entre el contexto de descubrimiento y el contexto de justificación, excluyendo los procesos sociales, culturales e individuales. De este modo, nace el llamado “positivismo lógico” fundado en el empirismo y que utiliza el método inductivista. Se ve la ciencia como resultado y como “la teoría representada o valorada”. De acuerdo con esta postura la ciencia es neutra y se la plantea como un “modelo de baldosas”, es decir, cada ciencia tiene su campo de estudio determinado, sus métodos, teorías, resultados y modos de validación. El denominado positivismo lógico había colocado –aparentemente– la certidumbre del conocimiento científico sobre fundaciones filosóficas de una solidez nunca antes alcanzada.

A mediados de la década del 30, Popper (1967) introduce una nueva propuesta a través del método “hipotético deductivo”. Sostiene que las hipótesis se generan en un hecho de razón y deben ser sometidas a un proceso de verificación que irá por la vía de la falsación. Es decir, a la inversa del método inductivo, él partirá de la hipótesis general buscando casos particulares que falseen la hipótesis. Nunca hay una hipótesis definitiva. Sin embargo sigue sosteniendo, al igual que los neopositivistas, que existe un “contexto de descubrimiento” y un “contexto de justificación”. Con respecto a las Ciencias Sociales sus aportes son pocos y débiles.

En 1960, las teorías de Bachelard y Kayré introducen el valor de la historia y del individuo en el conocimiento científico, ambos descartados tanto por el positivismo lógico como el falsacionismo.

Gastón Bachelard (1978), desde una posición racionalista, toma la teoría del psicoanálisis de Sigmund Freud para explicar el sujeto científico. Según su teoría sujeto, método e historia deben ser estudiados en conjunto. Plantea la existencia de un sujeto de experiencia básica (cotidiana) y un sujeto de experiencia científica. No sostiene una relación de continuidad entre ambas sino una ruptura con el agregado que todo sujeto de experiencia científica ha sido sujeto de experiencia básica. Bachelard (1978) introduce el concepto de “obstáculo epistemológico” como una dificultad que tiene el sujeto para establecer esa ruptura entre la experiencia básica y la científica, es decir, cuando el sujeto no puede despojarse de sus opiniones y conocimientos previos para producir el nuevo conocimiento, el conocimiento científico. También Bachelard (1973) introduce el concepto de “vigilancia epistemológica” como una acción cultural y de dominio intelectual, la vigilancia de uno mismo en el proceso de producción de conocimientos.

Kayré otorga un papel preponderante a la historia y sostiene que es imposible tener y entender el desarrollo científico si no se tienen en cuenta las ideas transcientíficas de la época. Estas ideas transcientíficas son lo que Kuhn (1971) llamará “paradigmas”. En la medida en que se van aceptando, surgen períodos a los que Kuhn llama “ciencia normal” hasta que se presentan anomalías, períodos de crisis que generarán una revolución científica que traerá consigo nuevos modos de ver el mundo en un determinado momento (es decir, nuevos paradigmas).

Lákatos, Feyerabend y Kuhn son conocidos, por el papel que le dieron a la historia en sus investigaciones, como los “epistemólogos historiadores”.

En las últimas décadas del siglo XX, los epistemólogos han incorporado cada vez más la idea de complejidad del conocimiento científico y el aspecto humanista de la ciencia. Científicos como Prigoyine (1991) y Edgard Morín (1996) realizan sus análisis basados en los vínculos de la ciencia en todas las esferas de la vida humana.

Nuestra visión de la condición humana y del destino del hombre está estrechamente ligada al cuadro que sugiere la ciencia contemporánea. El descubrimiento reciente de un universo complejo, fluctuante e inestable de su creatividad es un elemento esencial de esta visión.

Pareciera ser acertado que nos encontramos al inicio de una exploración que modificará de una manera fundamental la vida de los hombres. Pero los datos no han sido arrojados. En un universo en construcción el futuro depende, por lo menos en gran medida, de nuestra acción (Prigogine.2001, citado en Guyot 2007: 21).

En este contexto de revolución del pensamiento científico característica del xx emergen en Inglaterra, a fin de siglo, los llamados “Estudios Culturales” que no son una disciplina académica, sino el fruto de una sociedad que pretende analizar y comprender sus continuas transformaciones.

“Los Estudios Culturales no pueden considerarse al margen de su ámbito fundacional: la postmodernidad, ambiguo concepto con que fue denominándose la caída tumultuosa de la mayoría de los paradigmas que había imperado en el siglo xx” (Reguillo, 2004: 4). De este modo, los Estudios Culturales proponen un conocimiento de articulación que pueda readecuarse constantemente desde una postura analítica que pueda visibilizar los intersticios epistemológicos, las rupturas y su manera particular de producción de conocimiento.

¿Qué son los Estudios Culturales?

Podemos definir los Estudios Culturales como “discursos múltiples, historias numerosas y diferentes, un conjunto amplio de opciones, varios tipos de actividades, personas que tenían y tienen distintas trayectorias, un gran número de metodologías y de posiciones teóricas diferentes” (Hall, 1992: 278), a partir de los distintos significados atribuidos a la palabra cultura. Se busca entender la cultura en un sentido amplio y antropológico pero también humanista. Raymond Williams, uno de los padres fundadores de estos estudios, considera la cultura como un modo de vida completo, material, intelectual y espiritual, por ello propone que los Estudios Culturales son “un proceso general de desarrollo intelectual, espiritual y estético; un modo de vida particular referidos a un pueblo, un período o un grupo, los trabajos y las actividades intelectuales y artísticas (Williams, 1976: 80).

Las metodologías adoptadas por estos estudios son múltiples, desde las estrictamente textuales hasta las etnometodológicas, gracias a la incorporación siempre parcial de la crítica literaria, del neomarxismo, del estructuralismo o del posmodernismo, del feminismo de la antropología cultural, del postcolonialismo, etcétera. Lo común a esta pluralidad de opciones teórico-metodológicas es el hecho de preferir la actividad de investigación como actividad crítica, el desarrollo teórico ha de ir acompañado de un compromiso a nivel de proyecto político. Esta convicción se alcanzó en los años 70 mediante la apropiación de la categoría gramsciniana del intelectual orgánico (Grandi, 1995: 95). Son metodologías declaradamente interpretativas y valorativas.

Existen ciertas características comunes a los diversos Estudios Culturales (Jenks, 1997, en Grandi 1995). Adhieren al punto de vista antropológico de la cultura entendida como “el modo de vida completo de un

pueblo” (Grandi, 1995). Legitiman, justifican y celebran todos los aspectos de la cultura popular dotándola de valor por sí misma y no en cuanto “fenómeno sombra”. La cultura no se considera de modo estático ni como un sistema cerrado. Se afirman apoyándose más en el conflicto que en el orden y anticipan el conflicto. Consideran las representaciones culturales en todos los niveles (el comienzo, la mediación y la recepción o la producción, la distribución o el consumo). Son interdisciplinarias y no reconocen ningún tipo de origen disciplinar. Los Estudios Culturales rechazan los valores absolutos.

Orígenes y rupturas epistemológicas desde su surgimiento

Los Estudios Culturales británicos son los que van a permitir construir/ver un largo proceso ocurrido afines de los años 70 y principios de los 80 y serán determinantes en la formación de la agenda de los Estudios Culturales en América Latina.

Immanuel Wallerstein encabezó los trabajos de lo que se conoció como la “Comisión Gulbenkian para las Ciencias Sociales”, cuyo sentido fundamental fue revisar trayectos de configuración codificación e institucionalización en el campo de las ciencias sociales. Esta investigación interpreta de modo claro y certero el contexto y el sentido en el que emergen los Estudios Culturales (Reguillo, 2004) y señala dos aspectos:

a) Por un lado la dimensión política que, pese a que se suele ignorar, está presente en todo proceso de producción de conocimientos y de manera especial en el modo en que se organizan los saberes disciplinarios que también obedece a una lógica de “beneficios” y de disputas por la asignación de recursos. En este sentido, los Estudios Culturales emergen como una forma de hacerse cargo de una realidad que se desborda y no es posible contener desde los límites planteados por las distintas disciplinas. Así, surgen por un fuerte componente político y despiertan el inmediato rechazo en quienes detentan el poder académico fundado en la compartimentación del saber.

b) Como segunda cuestión, el informe posibilita aprehender el fuerte contenido irruptivo de los Estudios Culturales. Al desmarcarse de los anclajes disciplinarios convocan especialistas provenientes de muy diversos campos. Ello hace posible el cruce de las teorías feministas, coloniales, poscoloniales, sociosemióticas, de la crítica literaria, de teorías críticas a la recepción de una nutrida representación de la antropología simbólica, entre otras. Tres asuntos van a resultar claves: la importancia central del sujeto que actúa en un marco constreñido por el poder, la necesidad de deconstruir los procesos de normalización que históricamente se los ha definido como “naturales” y la vinculación clave entre los productos de la cultura y sus productores.

Un recorrido a través de la historia

El surgimiento de los Estudios Culturales se sitúa en el período de posguerra británica en el ámbito del *paradigma culturalista*, que asumía al sujeto como libre de asignar y construir significados para reinscribirse

en el marco de las instituciones sociales, y fue sacudido posteriormente por el *paradigma estructuralista*, que enfatiza que el sujeto y las identidades son posiciones determinadas socialmente e ideológicamente estructuradas. Esta ruptura significó un “giro lingüístico” con los aportes de los estudiosos estructuralistas y posestructuralistas de la Europa continental.

Según Reguillo (2004), esta tensión sigue estando presente en los Estudios Culturales, las perspectivas que ponen el foco en la capacidad creativa y productiva del sujeto y las que asumen las determinaciones estructurales como dimensión ineludible del análisis cultural.

Los pioneros: Richard Hoggart, Raymond Williams y E. P. Thompson y la Escuela de Birmingham

De la llamada “Escuela de Birmingham” provienen las tradiciones más sólidas en Estudios Culturales vinculadas a investigaciones cinematográficas, musicales, literarias, feministas de consumos culturales, entre otras.

En su origen, la investigación se concentró en la construcción de la cultura, propia del paradigma culturalista. Hoggart y Williams dirigieron sus métodos de crítica textual a la cultura popular elevándola de este modo a objeto de investigación científica. Este hecho significó una ruptura drástica con las investigaciones precedentes que solo analizaban la cultura literaria. Sin embargo, Hoggart adoptaba una mirada de cierta nostalgia con relación a una supuesta “cultura orgánica” definitivamente perdida como consecuencia de la tendencia a ser asimilada por la cultura popular estadounidense que se estaba difundiendo con enorme rapidez por toda Inglaterra. La obra de Raymond Williams es mucho más extensa, tanto a nivel temporal como en cantidad de investigaciones comparada con la de Hoggart.

Williams considera la cultura como el modo de vida total de un pueblo y no como se la había pensado hasta el momento: un conjunto de valores que han de ser impuestos por una elite intelectual (Williams 1989). El discurso se enfoca hacia la experiencia popular, naciendo de esta forma el papel central de la categoría de “experiencia” en los Estudios Culturales.

Dado que no hay coincidencias respecto a los marcos teóricos ni categorías de universales que nos permitan comprender e interpretar tanto nuestra vida como la de los otros, la experiencia en toda su intensa y diferenciada subjetividad constituye la única medida de lo que tiene valor a la que podemos remitirnos (Inglis, 1993; citado en Glandi, 1995: 106).

La lectura de Goldman, Althusser y sucesivamente de Gramsci había llevado a Williams a descubrir un enfoque marxista crítico que se alejaba del irracionalismo economicista. Williams no solo abrió la reflexión británica a las nuevas corrientes del marxismo sino también a la semiótica (a la que entendía como un método de análisis textual), a la obra de Saussure y a las investigaciones sobre influencias económicas de la cultura.

Edward Thompson influyó profundamente los estudios de historia social británica así como las investigaciones de cultura popular y subculturas en el ámbito de la sociología, la antropología y la etnografía.

Si bien se ha tendido a subrayar las semejanzas entre los padres fundadores, es importante destacar que no tenían la misma concepción del término “cultura”.

El concepto de cultura de Hoggart es más bien pasivo, el de Williams es voluntarista y dinámico (pero su radicalismo está frenado por una visión de la cultura total y global) y, por el contrario, el concepto de cultura de Thompson rechaza cualquier tipo de noción de una cultura común y subraya la autonomía, el conflicto y sobre todo la lucha de clases (Glandi, 1995: 109).

Stuart Hall y la irrupción estructuralista

Mientras que Hoggart fue el primer director del Centre for Contemporary Cultural Studies (CCCS) de la universidad de Birmingham en 1969, Stuart Hall se convirtió en su director. Durante ese período irrumpió el estructuralismo en la actividad del centro. Los libros de Levi-Strauss, Barthes, Althusser, Foucault, Lacan y Gramsci se convirtieron en una parte integrante del patrimonio teórico del CCCS.

Los estructuralistas consideraban la cultura como el primer objeto de estudio, abordándolo con frecuencia mediante el análisis de formas textuales representativas; las formas y las estructuras que producían significados constituían el centro de su atención. Los culturalistas, por su parte, creían que esta postura era demasiado determinista, que se podía resistir a las fuerzas dominantes y que la historia se podía modificar mediante un esfuerzo radical individual. Lo cierto es que la irrupción de los estructuralistas significó un giro lingüístico que introdujo en el CCCS problemas de textualidad y significación: se logró la centralidad del lenguaje, la noción de texto entendida como fuente de significado, el conocimiento de la textualidad y del poder cultural. Esta postura dio origen también a la semiótica y el posestructuralismo.

Según Hall (1980), “fue el estructuralismo de Levi-Strauss el que al apropiarse del paradigma lingüístico después de Saussure prometió a las ciencias humanas de la cultura un paradigma capaz de volverlas científicas y rigurosas de un modo completamente nuevo” (Glandi, 1995: 117).

En este momento histórico se produce lo que Guillermo Sunkel (1999) llama el primer desplazamiento teórico-metodológico en la agenda de los Estudios Culturales, que va desde “la construcción discursiva del lector al proceso de decodificación” y tiene lugar hacia fines de los años 70. Marca cierto agotamiento del análisis del mensaje en tanto estructura ideológica que fija determinadas posiciones de lectura. Un texto clave que va a hacer posible este desplazamiento es el de Stuart Hall (1980), en el cual el autor destaca que los momentos de “codificación” y “decodificación” están relacionados, pero no son idénticos y propone tres tipos o modalidades principales de decodificación: lectura dominante, que es cuando el espectador toma el significado del programa televisivo en su sentido literal y decodifica el mensaje en términos del código que ha sido codificado; lectura negociada, cuando el televidente acepta la legitimidad del código

dominante, pero adapta la lectura a su condición social específica; y lectura posicional, cuando el espectador decodifica el mensaje en un sentido radicalmente opuesto a la lectura privilegiada por el comunicador.

Esta postura significó una ruptura epistemológica ante los estudios realizados hasta el momento, en los cuales se analizaba al emisor y el efecto de los mensajes estaba determinado sólo por su intención.

Años más tarde se producirá lo que Sunkel (1999) llama el segundo desplazamiento, que irrumpe en el seno de los Estudios Culturales y va desde el proceso de decodificación al análisis del consumo. Dave Morley inicia este desplazamiento a través de su autocrítica a *The Nationwide Audience* (estudio empírico que realizó en 1996 en el cual analiza el papel que tienen los contextos culturales de los receptores en su proceso de decodificación). A partir de esta crítica se comienza a esbozar una nueva perspectiva que se centra en el análisis del “consumo de medios”, analizando principalmente los contextos en los que ocurren los procesos de comunicación.

Los Estudios Culturales se propagan por el mundo

En esta tensión entre los paradigmas culturalista y estructuralista es que irrumpen los Estudios Culturales en Norteamérica, que cuentan con varios focos de interés y distintos centros de irradiación. De todas formas, los Estudios Culturales estadounidenses no pueden entenderse al margen del impacto que tuvieron hacia el interior de la llamada “Escuela de Frankfurt”. Los pensadores más representativos fueron Marcuse, Horkeimer, Adorno, Jamesson, Grossberg y Haraway. La historia de los Estudios Culturales norteamericanos es amplísima y desborda los límites de este trabajo, pero es importante señalar que tampoco han sido homogéneos, y algunos investigadores se sienten incómodos ante la denominación de “Estudios Culturales” porque muchos de los trabajos producidos –sobre todo en los años 90– han carecido de rigor y de investigación científica.

En América Latina estos estudios han puesto en discusión momentos, procesos y prácticas claves para la comprensión de las sociedades. Lo transdisciplinario ha sido una característica y una necesidad. Los principales teóricos que han convertido la cultura en el centro de sus reflexiones han sido Néstor García Canclini, Beatriz Sarlo, Jesús Martín-Barbero, Renato Ortiz, Nelly Richard, entre otros.

Sunkel (1999) plantea que también en América Latina puede identificarse una trayectoria en muchos sentidos paralela a los Estudios Culturales ingleses.

El primer desplazamiento lo forma el pasaje del estudio del mensaje a la recepción crítica: durante los años 70 y hasta comienzo de los 80, los estudios estuvieron abocados al análisis de los mensajes en tanto “ideología de la dominación”. Investigadores como Armand Mattelart, Eliseo Verón, Emilio de Ipola y Daniel Prieto analizaron esta perspectiva semiótica en los discursos, pero ya a comienzos de los 80 la preocupación se trasladó hacia la recepción crítica, el tema comienza a ser planteado a través de los trabajos de Valerio Fuenzalida (1984) que propone a los padres y educadores ayudar a los niños a mirar

televisión. Este tipo de estudios termina por convertirse en una clase de “resistencia” frente a lo que se concibe como la poderosa influencia de la televisión.

El segundo desplazamiento marcado por el autor va desde la recepción crítica al consumo. Si bien no se plantea como una crítica explícita a la investigación de la línea anterior surge frente a ella. El análisis de consumo se diferencia del análisis de la recepción crítica porque no intenta brindar herramientas para que el receptor pueda enfrentar la influencia del medio ni parte de una concepción de influencia, sino que analiza el consumo fuertemente segmentado de los públicos de los eventos de cultura popular y de la alta cultura.

El panorama y los practicantes de los estudios de la cultura en Latinoamérica es amplio y hay por supuesto personas, grupos, instituciones que requerían cada uno de un artículo para explicar sus aportes y especificidades. Pero más que las personas es quizá relevante señalar que se trata de un campo vigoroso que entiende y asume que la cultura no es estática ni un sistema cerrado y por ello mismo esta es, además de fuente de entendimiento mutuo, una fuente constante de conflicto (Reguillo, 2004).

Los Estudios Culturales desde las prácticas del conocimiento

Rosana Reguillo (2004) afirma que los Estudios Culturales no se definen por los objetos que toman, sino por el enfoque y las intersecciones que se privilegian para el análisis. Lo central en este aspecto estriba en la articulación, en la construcción de relaciones significativas entre la teoría y la práctica.

De este modo resulta pertinente retomar el concepto de “prácticas del conocimiento” (Guyot 2007) que surge a partir de la necesidad de reformular la relación teoría-práctica para abordar las diversas dimensiones de la ciencia. Las prácticas del conocimiento se definen como un “saber hacer” en un campo específico del conocimiento, según la formación recibida en las instituciones habilitadas para tal fin (universidades y academias) y realizadas por personas autorizadas por las instancias gubernamentales de un país al poseer títulos o reconocidas condiciones que lo habiliten para su ejercicio.

Éstas prácticas solo pueden abordarse desde la transdisciplinariedad y teniendo en cuenta múltiples factores (que atraviesan la trilogía sujeto que enseña, conocimiento, sujeto que aprende) como la situacionalidad histórica, la relación teoría y práctica, la vida cotidiana, la relación de poder y saber (Véase modelo en V. Guyot., 2007, *Las prácticas del conocimiento. Un abordaje epistemológico*).

Los Estudios Culturales ven la realidad en su constante cambio y no propenden al discurso universalizador y totalizador. Hacen valorar las diferencias culturales en las esferas públicas. Obligan a repensar la cultura no como epifenómeno, sino dentro del entramado social; por ello las determinaciones contextuales adquieren en el mundo de hoy una relevancia primordial, puesto que de la combinación equilibrada de rigor y flexibilidad dependerán sus posibilidades de asumir una lectura compleja y renovada de la realidad contemporánea.

Este modelo resulta una herramienta de gran utilidad no solo para guiar las prácticas docentes, sino además para orientar las prácticas investigativas. En estas últimas, particularmente, este modelo me permitió comprender las razones y las condiciones en las que se fueron dando las distintas rupturas epistemológicas en el campo de los Estudios Culturales, que significaron un cambio de visión frente los estudios realizados hasta ese momento, pues vieron a la cultura y sus prácticas culturales como una construcción compleja. Desde esta perspectiva de la complejidad, teniendo en cuenta una visión integral que permita conocer la historia pero también las perspectivas futuras, orientaré mis próximas investigaciones, para analizar una práctica cultural concreta de un grupo de jóvenes determinado.

A modo de reflexión final

Los Estudios Culturales implican un cambio en el punto de vista sobre la noción de cultura y su estudio, el cual no puede ser abordado desde una sola disciplina. Significan de este modo una “ruptura” con la ciencia clásica y abren un abanico de condiciones y situaciones de análisis que solo pueden ser abordadas desde la complejidad. Sus contornos están difusos, ello les permite cierta elasticidad al asumir las prácticas como objetos de investigación. Se abrió de esta manera la posibilidad de la transdisciplinariedad. Las preguntas por la cultura y el poder llevan a indagar más allá de la cultura hacia campos constitutivos de numerosas disciplinas. “El conocimiento científico, a partir de ahí, será entendido como un proceso relativo a sus condiciones históricas de producción, a formas y estilos de construcción, a modos específicos de legitimación y circulación social, vinculado a regímenes de verdad y poder” (Brown, 1984; en Guyot, 2007: 46).

El desafío consiste en ver de qué modo asumir la transdisciplinariedad sin convertirla en mera sumatoria, cómo ubicarse en los momentos actuales sin negar el legado de la tradición. El desafío también radica en superar, al decir de Bachelard (1978), los “obstáculos epistemológicos” que se presentan y que aún persisten en el interior de los Estudios Culturales a los que Reguillo (2004) denomina “problemas que están presentes en el campo”, como la tendencia a categorizar en un mero mecanicismo de “causa-efecto” (se actúa así porque se es joven, o indígena, hombre o mujer, etc.), la idea de reducir lo local a lo global o viceversa sin tener en cuenta la complejidad en esta relación, el peligro de apelar a las narrativas de sustitución (los derechos humanos, la interculturalidad, el género) como espacios de discursos y prácticas liberadoras *a priori*, el peligro de oponer lo cualitativo a lo cuantitativo sin atender el aspecto multidimensional o, por el contrario, por utilizar la diversidad de instrumentos cuantitativos y cualitativos que los estudios carezcan de rigor y coherencia metodológica, etcétera.

A pesar de los importantes avances realizados en los últimos años en términos de construcción teórica y de líneas de investigación, los Estudios Culturales se siguen planteando como un desafío teórico y metodológico. “Desafío teórico porque no existe un modelo capaz de describir y explicar los procesos de consumo cultural que son regulados por muy diversas racionalidades: económicas, políticas y simbólicas

[...] desafío metodológico, puesto que no existe una modalidad privilegiada para abordarlo en la investigación empírica” (Sunkel, 1999: 27).

Bibliografía

- Bachelard, G. (1973), *Epistemología*, Barcelona, Anagrama.
- Bachelard, G. (1978), *El Racionalismo aplicado*, Buenos Aires, Paidós.
- García Canclini, N. (1997), “El malestar en los estudios culturales”, *Revista Fractal* N.º 6, julio-septiembre, año 2, volumen II, pp. 45-60.
- Grandi, R. (1995), “Los estudios culturales: entre texto y contexto, culturas e identidad”, en *Texto y contexto en los medios de Comunicación*, Barcelona, Bosch.
- Guyot, V. (2007), *Las prácticas del conocimiento, un abordaje epistemológico*, Laboratorio de Alternativas Educativas (LAE), Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Luis.
- Guyot, V. (2014), [Apuntes de clase], Maestría Sociedad e Instituciones, Facultad de Ciencias Económicas, Jurídicas y Sociales (UNSL).
- Kuhn, T. (1971), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, T. (1971), *¿Que son las revoluciones científicas?*, Barcelona, Paidós.
- Morin, E. (1996), *El método*, Tomo III, Barcelona, Cátedra.
- Popper, K. (1967), *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos.
- Prigogine, I. (1991), *¿Tan solo una ilusión?*, Barcelona, Tusquets.
- Reguillo, R. (2004), “Los estudios culturales. El mapa incómodo de un relato inconcluso”, *Aula Abierta. Lecciones básicas*, Barcelona, Portal de la Comunicación.
- Zunkel G. (1999) (Coord.), “Introducción”, *El Consumo Cultural en América Latina: construcción teórica y líneas de investigación*, Santa Fé de Bogotá, Convenio Andrés Bello.